

EL MAYOR DESENGAÑO

COMEDIA DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS

BRUNO, galán.
 MARCIÓN, su criado.
 EL PADRE DE BRUNO.
 ATAULFO, galán.
 UN TÍO DE EVANDRA.
 SOLDADOS.
 VISORA, dama.
 LEIDA, música.

EL REY DE FRANCIA.
 LA REINA DE FRANCIA.
 MARCELA, dama.
 HUGO, papa.
 EVANDRA, dama.
 LAURETA, su criada.
 EL CONDE PRÓSPERO.
 LORENA, dama.

ENRICO, emperador.
 MILARDO.
 LA EMPERATRIZ.
 ROBERTO.
 LUCIO }
 FILIPO } *estudiantes.*
 LAURA, dama.
 UN ÁNGEL.

Representóla Ortiz.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

BRUNO, galán; MARCIÓN, de capigorrón; EVANDRA, dama, y LAURETA, su criada, con mantos.

BRUNO. ¡Extraña estás!
 EVAND. No te espantes.
 BRUNO. ¿Cómo es posible me tengas amor, si cruel te vengas con desdenes semejantes de males que nunca te hice?
 EVAND. ¡Qué terribles sois los hombres!
 BRUNO. Si me abraso, no te asombres.
 MARC. ¡Qué lo alaju que lo dice!
 BRUNO. O me quieres bien, ó no.
 EVAND. Quiérote con amor casto.
 BRUNO. ¿Qué á persuadirte no basto á darme una mano?
 LAUR. ¡Jol!
 MARC. Como allá se manosean de lenguas, yo soy amigo de obrar callando.
 LAUR. ¡Jol, digo.
 MARC. De ¡jol tus requiebros sean. ¡Jol digas cuando te cases; cuando el sí vayas á dar digas ¡jol; cuando á fregar ollas y platos repases, por tiple ó por contrabajo cantes ¡jol pues lloro yo,

que al fregar no es malo el ¡jol, si en ¡jo acaba el estropajo.
 ¡Jol te llame tu señora,
 ¡jol seas en toda parte,
 ¡jol digas al acostarte,
 ¡jol cuando salga la aurora.
 ¡Jol sea tu sí y tu no;
 ¡jol en plazas, tiendas, calles, y en fin, un marido halles con la paciencia de un Job.
 BRUNO. Evandra, si cuando deo tantos aumentos por ti, letras á quien años di, respetos de un padre viejo, grados de universidades, leyes por las de tu amor, cargos que ofrece el favor, honras que son dignidades, ¿qué estado habrá que me cuadre, pues maltratas mi deseo, cuando despreciado veo por ti mi estado y mi padre?
 ¿El darme una mano bella fuera mucho galardón?
 EVAND. Sí, Bruno, que la opinión tengo de mi honor en ella. Vive el recato entre miedos de menosprecios villanos: den otras el gusto á manos, que yo dudo darlo á dedos. Si lo que por mí has dejado en mi amor cobrando vas, juzga tú cuál vale más,

¿lo perdido ó lo ganado?
 Un alma ganas, que animas con las llamas de tu amor, un escrupuloso honor que por recatado estimas. Pierdes letras y opinión de estudios en que amor calma: por libros te doy el alma, y por grados mi afición. Si esta es más, deje que llegue su tiempo, que yo sé, Bruno, que me pides, importuno, lo que gustas que te niegue.
 MARC. ¿Que no hay darme una manopla á quien mis versos dedique?
 ¿Siquiera un dedo meñique, una uña?

LAUR. ¡Jol, digo.
 MARC. ¡Sopla!
 Jo y bofetón, presa y pinta. La mano te pido yo, pero en los carrillos no, que es firma sin pluma y tinta.
 BRUNO. Seis años ha que te adoro.
 EVAND. Otros tantos ha que en ti nuevo dueño al alma di.
 BRUNO. Todas las joyas y el oro que de mi madre heredé, y en ti mejoran de dueño, te traigo. Don es pequeño, mas quilates de mi fe le darán nuevo valor: recibe mi voluntad, y verás su calidad.

EVAND. A poder, Bruno, mi amor ofenderse, me avergüenzo de ver que tan mal le apoyas. De afrentadas esas joyas se esconden en ese lienzo; y aunque con prendas tan bajas me ofendes, de tu oro advierto que en fe de que viene muerto para mi amor, le amortajas. Seis años de voluntad ¿se pueden satisfacer con oro? ¿Soy mercader que vendo mi libertad?
 ¿Qué ignorancia hacerte pudo intentar tan vil quimera?
 Si amor vestirse quisiera no se pintare desnudo; pero tú para que torne á agraviar en él la vista, lienzo le das que se vista y joyas con que se adorne. Déjame y véte.

BRUNO. Oye, escucha;
 no te alteres, no te enojas. Hoy somos todos relojes. También yo tengo mi hucha. *(Saca un pañuelo muy sucio y roto.)*
 Cuatro cuartos bien contados en ese pañuelo van, que si escudos amos dan, damos cuartos los criados. Porque aunque hay relojes hartos, hay unos que así te goce

no paran hasta dar doce, y otros que dan cuatro cuartos. No alcanzan á más mis brios; recibe el escaso don, que si cuatro cuartos son, serán ocho con los míos. Toma, ¿qué te melindrizas?— Tu padre es este, señor. A no venir ciego amor, por Dios que me descuartizas.

ESCENA II

DICHOS y el PADRE DE BRUNO.

P. DE BR. Buenos logros de tu estudio das á mis prolijos años, á la opinión de tu ingenio y al sudor de tus trabajos. Buen empleo hizo la hacienda que tanto tiempo he gastado contigo en París, Bolonia, Lovaina y Praga. Letrado en las leyes de tu amor, ya que no en sus desengaños, la cátedra lees de prima, amante ya que no sabio. ¿Honras así la nobleza que de tus antepasados es espejo de Colonia? ¿este es merecido pago de un padre que deposita su ser en ti, y te ha entregado por ser único, en mi casa, su valor y sus cuidados?
 ¿Tú te casas sin mi gusto?
 ¿tú, á mis consejos contrario, el honesto traje truecas de escuelas que ilustra á tantos, por las galas licenciosas, y para volar más alto, mudas plumas (torpe y ciego) al sombrero de la mano?
 ¡Plegue á Dios...
 BRUNO. *(De rodillas.)* Padre y señor: después de poner los labios donde tú pones los pies, tus canas reverenciando, respondo humilde á tus quejas, que aunque cuerdo he procurado seis años ha obedecerte, inclinaciones forzando, ni ausencias, madres de olvidos, ni estudios siempre contrarios de la ociosidad dañosa, *(Levántase.)* ni entretenimientos castos pudieron ser de provecho á borrar de mis cuidados el amor que á Evandra tengo, de su hermosura el retrato. Si supieras diligencias que en tu obediencia buscaron remedios contra mi amor, desvelos que me han costado, yerbas, palabras, conjuros, compañía de hombres sabios, juegos, entretenimientos,

ya en la ciudad, ya en el campo, lástima en vez de rigor me tuvieras; mas son falsos los remedios que dió Ovidio contra este ciego tirano.

¿Qué importa que padre seas y que los preceptos santos de mi ley á obedecerte me obliguen, si me inclinaron las estrellas superiores, que estando en lugar más alto la jurisdicción te usurpan, de quien me confieso esclavo? Por la mujer (dijo Dios) que dejaría olvidado

el hombre su padre y madre. Ni te olvido, ni he dejado; pero, ¿qué tengo de hacer, si las estrellas, los astros, mi inclinación, mis deseos, la libertad me usurparon? Tú eres soio; muchos ellos: amor, dios fuerte; yo, flaco: bella Evandra; ¿cómo puedo hacer resistencia á tantos? Sangre ilustre, padre, tienes, y el copioso mayorazgo

que me dejas en herencia, basta á darme noble estado. Estudien hijos segundos, que en las letras han cifrado la dicha de sus aumentos, vinculada en sus trabajos, que los únicos, cual yo, cuando al ocio y al regalo den generosos desvelos, ni es menosprecio ni agravio.

Evandra, si no tan rica, porque los cielos cifraron tesoros en su hermosura, discreción, honra y recato, es tan noble como yo: no permitas, si eres sabio, que me case con el oro, ocasión de tantos daños.

Dotes que maridos compran, los obligan como á esclavos á indignidades de honor, por ser maridos comprados. Así, padre, siglos cuentas, que permitas mi descanso, y antes que deje estos pies pueda á Evandra dar la mano.

PADRE. Antes que mis canas vean mi afrenta, tu desacato y deshonra de tu sangre, plegue al cielo...

MARC. (Ya plegamos.)

PADRE. Que la noche de tus bodas trueques gustos en agravios, y el tálamo que desees manchen adúlteros brazos; jamás te mire amorosa, desdeñes sean sus regalos, menosprecios sus favores, y sus promesas, engaños. No fertilice con hijos

tu desobediente estado, y si los tienes, pobreza mezcle su amor con trabajos. Tus más amigos te vendan, tengan poder tus contrarios en tu deshonra, mas... no... hágate Dios un gran santo. Pero ¿cómo se entenece un corazón injuriado

de un hijo, que tanto quiso á un padre, á quien debe tanto? Plegue al cielo, si en mi ofensa dieres la atrevida mano á esa mujer, pobre al fin, que es la afrenta de más caso, que todos te menosprecien, no te acompañen hidalgos, de desleales te sirvas, pidas limosna á villanos; si jurares no te crean, en cuanto pusieres mano desdichas te agüen aumentos; cuanto estés más confiado de la lealtad de un amigo, te usurpe lo más preciado de tu gusto; pero... no... hágate Dios un gran santo.

EVAND. Si no tuviera respeto á tus venerables años y al amor que tengo á Bruno, de tu nobleza traslado, pudiera ser respondiera á medida del agravio que en mi calidad injurias si no descortés, osado. Mi sangre no desmerece darte nietos, pues honraron mis progenitores nobles augustos triunfos y lauros.

Si á falta del oro vil, que califica villanos, supliendo sangres ilustres, dorando quilates bajos, mi nobleza en poco tienes, guarda tesoros avaros, que los de mi honor estimo como más calificados. No vendo á peso de hacienda la calidad que he entregado á persuasiones de Bruno, á fuer de mercader falso; sólo noble correspondo en amorosos contratos á la fe con que me sirve: firme, no rico, le amo. Y agradece la firmeza con que en mi pecho ha arraigado su proceder generoso la fe de su noble trato; que á poderle despreciar, causa en tus palabras hallo para que dél ni de ti hagan mis injurias caso.

BRUNO. Padre... señor... ¿es posible que con ruegos no te ablando? Si estimas tesoros, coge perlas destos ojos claros,

oro de aquesos cabellos, rubies de aquesos labios, satisfaras intereses que está el amor envidiando.

PADRE. En fin, ¿contra el gusto mío te intentas casar, dejando burladas mis esperanzas?

BRUNO. ¿Qué he de hacer, si amor tirano violenta, padre, deseos?

MARC. Si no es más en nuestra mano, ¿qué habemos de hacer los dos sino echar cosas á un lado?

PADRE. No me llames padre más.

BRUNO. Mi padre y señor te llamo.

PADRE. Mientes.

MARC. ¡Ay!, cargado queda.

PADRE. Hijos que degeneraron de su valor, no son hijos, sino espúreos y bastardos. Desde aquí te desheredo, que aunque te faltan hermanos, sobrinos ilustres tengo, no cual tú, locos é ingratos. Si más los umbrales pisas de mi casa,

MARC. (Aquí entra un palo de molde.)

PADRE. ¡Viven los cielos!, que ha de matarte un esclavo. Susténtete tu mujer; si en sus dientes y en sus labios perlas tienes y rubies, bien puede suplir tus gastos. ¿Qué joyas, traidor, son éstas? Escondó mis cuatro cuartos. Muestra y agradece.

MARC. ¡Mal!

PADRE. Señor, mira.

BRUNO. Dios permita, pues su enojo forja rayos, que uno te abraze; mas... no... hágate el cielo un gran santo. (Vase.)

ESCENA III

Dichos, menos el padre de Bruno.

MARC. A la luna de Valencia parece que nos quedamos: ¿qué habemos de hacer agora?

BRUNO. ¡Hay tal crueldad!

MARC. ¡Oh, viejazol!

BRUNO. Mi bien, si anda amor desnudo, amor soy, pues le retrato.

PADRE y casa por ti pierdo, gloria y dicha por ti gano.

¿Quieres que sea tu güésped? No, Bruno, que los engaños temo que otro güésped hizo á la viuda de Cartago.

Llévame á tu casa.

BRUNO. Tengo un tío viejo y avaro, y no lo consentiré, que es mal acondicionado.

EVAND. Laureta, ¿no habrá un rincón entre sartenes y cazos?

Llévame contigo.

LAUR. Tengo á la escalera un alano que una pierna se merienda, y en la cocina dos gatos con unas uñas de á jeme.

MARC. Buenas son para escribanos.

BRUNO. En fin, ¿te vas y me dejas?

EVAND. El alma te ha aposentado en medio del corazón.

MARC. Y el cuerpo, á ti suspiramos,

(A Laureta.)

LAUR. ¿que me dejas y te vas? El alma, gorrilacayo, le llevo, que el cuerpo no.

MARC. ¿Almas llevas? Serás diablo.

(Vanse Evandra y Laureta.)

ESCENA IV

BRUNO, el conde PRÓSPERO y MARCIÓN.

PRÓSP. Qué tenéis en esta calle, Bruno, que tan de ordinario deseos avecindáis en ella? Jamás os hallo cuando os busco, sino aquí.

BRUNO. ¡Oh, Conde y señor! son pasos de la pasión de mi pena los que por esta calle ando.

PRÓSP. Aquí vive quien me mata.

BRUNO. ¡Gracias á Dios que he sacado en limpio que sois amante.

PRÓSP. Venturoso y desdichado.

BRUNO. Esas son contradictorias.

PRÓSP. Correspóndeme quien amo, y desdeñame amorosa:

MARC. véis aquí los dos contrarios. Lo cierto es, señor (si puede á un Conde hablar un lacayo

bachiller en la carteta y en el pasar licenciado) que el estar á tales horas, cuando Febo está jugando con la noche al escondite, es sólo á falta de rancho.

BRUNO. Calla, loco.

PRÓSP. ¿Cómo es eso?

BRUNO. En la nobleza fñado y amistad que os acredita, os contaré sin cansaros mis desdichas brevemente.

Sirvo á Evandra, habrá seis años, origen de la hermosura, de sus efectos milagro.

Honradas correspondencias alientan deseos tiranos, y refrenan osadías entre el amor y el recato.

Pienso casarme con ella, á cuya causa he mudado el hábito y profesión, contradiciendo cuidados de mi padre, que lo estorba.

Hallóme con ella hablando á sus puertas, de su

tellizo cortina, un manto,

Alborotóse de verme mi viejo padre, aumentando lágrimas con maldiciones, unas nubes y otros rayos; y al fin, viendo que rebelde en este sol idolatro, de su casa me despide, injurias multiplicando. Pedí á mi Evandra que fuese la suya hospicio y sagrado de mi destierro y amor; pero como puede tanto la ocasión con él, temióla, y escarmientos del troyano güesped de la amante Elisa hoy su puerta me cerraron. Como sin padre me veo y sin casa, recelando perder mi dama también, me quedé filosofando quimeras, que en veros, Conde, cesan, pues con vuestro amparo no hecho menos padre y casa.

MARC.
PRÓSP.

¿Este es el benedicamus?
Agora que sé que puedo serviros, amigo, en algo, en albricias de la pena os doy...

MARC.
PRÓSP.

(¿Dineros?)
Los brazos. Si os casáis, tendréis en mí padrino. Si os ha negado vuestro padre, en mí hallaréis, ya que no padre, un hermano. ¿Qué tengo yo que no sea vuestro?

BRUNO.

Sois ejemplo raro de la amistad y nobleza.

MARC.

Sois...

BRUNO.

¡Ah, necio!

MARC.

Largo y ancho.

PRÓSP.

Hacienda hay para los dos.

BRUNO.

Alargue vida y estados el cielo á vuestra nobleza.

MARC.

Y á mí, ración y salario.

ESCENA V

DICHOS, y EVANDRA á la ventana.

EVAND.

¡Qué mal hice en despedirle! Corta y descortés he andado. Cuando mi casa le niegue, favores le dan regalos. ¿No se ha ido? Señor mío, ¿sois vos?

MARC.

Bruno serenado y yo somos maza y mona que un romadizo aguardamos.

BRUNO.

Soy, Evandra de mis ojos, un enfermo que esperando que salga el sol de tu luz, á tus umbrales aguardo.

MARC.

¿Quieres abrirme, mi bien? Abra, mientras que yo abro, entre dormido y hambriento, bostezos y boca á palmos.

EVAND.

Perdona si mis recelos se muestran contigo avaros, y el hospedaje te niega quien su libertad te ha dado. Amor es niño, y se atreve, si sólo y determinado le ofrece el tiempo y la noche cabellos ocasionados. Yo estimo tanto mi honor, que no ha de tocar mi mano quien no me la dé de esposo debajo del yugo santo. Y es esto con tanto extremo, que cuando hubiera llegado á tomármela por fuerza el hombre más torpe y bajo, ó me casara con él, ó hiciera matarle en pago de su loco atrevimiento. Esto obliga á mi recato á no admitirte en mi casa; pero si quieres despacio hablarme y verme, esta noche Lorena me ha convidado (que es mi amiga y es mi deuda) á divertir el enfado del calor, entreteniendo juegos noches de verano. Dos casas vive de aquí; procura que nos veamos: dispondremos nuestras cosas, y adiós. ¡Hola! dame un manto. (Éntrase Evandra.)

ESCENA VI

DICHOS, menos EVANDRA.

MARC.

¿Juegos sin cena? ¡Abrenunció! Manden que nos echen algo, ya sea asado ó cocido, que á la hambre no hay pan malo. Conde, esta noche pretendo, temores asegurando, desposarme con mi Evandra, si ayudáis mi intento casto. Yo sé que ella lo desea, y mi padre, aunque enojado, es padre, en fin, y piadoso, en olvido pondrá agravios: ¿qué os parece?

PRÓSP.

Divertido estaba. Si desposaros intentáis, padrino soy; no cuidéis de costa y gastos. Vamos á trocar vestidos de gala.

BRUNO.

A estar Alejandro vivo ¡qué envidia os tuviera! (Aparte.) ¡Oh, mujer divina!

PRÓSP.

Vamos. (Aparte.) Si con palabras hechizas, ¿qué harás con los bellos rayos que en tu hermosura contemplo? Amor ciego, retiraos; pensamientos, resistid, que si cobardes y flacos

os rendis, mi amigo ofendo: mas con amor no hay agravios. (Vanse Bruno y Próspero.)

ESCENA VII

MARCÍÓN y LAURETA á la ventana.

MARC.

¡Cél Laureta; ¡cel! ¡be! ¡de!

LAUR.

¿Quién llama?

MARC.

Yo llamo y amo.

LAUR.

¿Y qué me quieres?

MARC.

Que me quieras.

LAUR.

Lávese primero.

MARC.

Lavo

LAUR.

cara, sotana y manteo, para servirte lavado.

MARC.

¿Y tiene agua?

LAUR.

No.

LAUR.

¡Agua val!

(Arrójale agua y retrase.)

ESCENA VIII

MARCÍÓN, solo.

¡Ay! esta es agua, este es caldo; llena está de zarandajas; güeso es este, este estropajo. ¡Oh, ladrona! no os me iréis al otro mundo á pagallo. (Vase.)

ESCENA IX

ATAULFO y LORENA.

LORENA. ¡Qué quieres! estoy ceclosa, Ataulfo, con razón.

ATAUL.

Espuelas los celos son de una pasión amorosa; mas sin causa, ya tú ves si serán, Lorena, injustos.

LORENA.

Eres tratante de gustos; grande será tu interés. ¿Qué tanto habrá que no vienes á esta casa?

ATAUL.

Ocupaciones impiden tanto...

LORENA.

Aficiones, dirás mejor. ¿Las que tienes te impidieran el venir á verme?

ATAUL.

¡Qué tal escucho!

LORENA.

Haste encargado de mucho; no con todo has de cumplir. Lo que no es tan importante, que es mi honor, olvidarás.

ATAUL.

Pesada, Lorena, estás. No pase más adelante tu enojo, que, vive Dios, á pensar que hablas de veras, que á mi muerte causa dieras. Amor puede entre los dos hacer paces, que en cuidados como estos, los celos son como quien mete quistiön entre dos enamorados,

que después de estar reñidos, pasado el primer furor, aumenta llamas su amor y ellos se quedan corridos.

LORENA.

Ahora bien; yo te perdono como propongas la enmienda.

ATAUL.

No hay cosa en mí que te ofenda: mi firmeza está en abono. ¿En qué pasatiempo piensas pasar esta noche injurias del calor?

LORENA.

Contra sus furias tú entretienes y dispensas, que como amor predomina, su fuego, y no el tiempo, abrasa. Esperando estoy en casa á Evandra, nuestra vecina. Es amante suyo Bruno, y como á honrados respetos del amor viven sujetos, les doy lugar oportuno para que se vean aquí.

ATAUL.

Bruno es cuerdo y es mi amigo. Más á quererte me obligo si ayudas su amor así: pero este debe de ser.

ESCENA X

DICHOS y el CONDE PRÓSPERO.

PRÓSP.

Ociosidad y calor necesitan el favor, Lorena, que entretener sabe, cortés y discreto, á quien se vale de vos.

ATAUL.

¡Conde y señor!

PRÓSP.

De los dos buena noche me prometo.

LORENA.

¿Vueseñoría en mi casa?

PRÓSP.

Una güespeda tan bella habéis de tener en ella, que su memoria me abrasa. Da licencia á mi deseo y anima mis desatinos; pero con tales padrinos como en vosotros dos veo, no saldrá mal despachado el pleito con que he venido. Por señor os he tenido, de serviros me he preciado, y comprara yo ocasiones á costa de mis desvelos para serviros.

PRÓSP.

Con celos, amor y imaginaciones vengo, Ataulfo, á ampararme de vuestro noble favor y de Lorena.

LORENA.

Señor, serviros de mí, es honrarme.

PRÓSP.

¿A Evandra habéis convidado esta noche?

LORENA.

Y tarda ya.

PRÓSP.

Bruno, que en su amor está tiernamente transformado, contándome sus empleos,

de suerte me encareció su hermosura, que engendró en mí, si no amor, deseos. Dióle audiencia una ventana, de mi libertad hechizo, de donde le satisfizo tan honesta y cortesana, que aunque la tiniebla oscura ver su cara me negó, su discreción confirmó en mis penas su hermosura; porque alma tan discreta, ¿quién duda que en cuerpo vive hermoso, y que la apercibe posada en todo perfecta? A ver por los ojos vengo si corresponde esta dama con mis dudas y su fama.

LORENA. Yo por dichosa me tengo de que hagáis esta experiencia en mi casa, y si á testigos de toda verdad amigos gustáis de dar fe en ausencia, yo os prometo que Evandra es envidia de la hermosura.

ATAUL. Y en donaire y hermosura, hija de las Gracias tres.

LORENA. ¿No basta que yo la alabe, sin que vos seáis su orador?

PRÓSP. ¿Son celos?

LORENA. Celos y amor.

PRÓSP. Es un mixto ese suave.

LORENA. Y ésta, Evandra, que ha venido á sacarme verdadera.

ESCENA XI

DICHOS, y EVANDRA y LAURETA con mantos.

EVAND. Amiga.

LORENA. A quien os espera amante, habéis ofendido.

ATAUL. Y á esta casa, que sin vos todo bien juzga pequeño.

EVAND. No echará menos su dueño ocupándola los dos.

LORENA. Hablad al Conde, á quien debo por vos aquesta merced.

PRÓSP. (Ap.) ¡Ojos, vended os poned, no os cieguen rayos de Febol!

EVAND. Vueseñoría me dé sus manos.

PRÓSP. (Ap.) (A ser de esposo, mil veces yo venturoso.) Una alma, Evandra, os daré, que se enamoró de oiros, y os idolatra de veros, se eterniza con quereros, y se honra con serviros.

EVAND. A no saber yo cuán largo sois, señor, en dar favor á medida del valor, que siempre tenéis á cargo, y mis méritos indignos, ó me hiciérais correr, Conde, ó ensoberbecer.

PRÓSP. Si en esos ojos benignos para Bruno, y para mí no oso decir rigurosos, pensamientos amorosos hallasen piedad, aquí dará un Conde que os adora á su ventura la palma, haciéndoos, como del alma, de cuanto tiene, señora.

EVAND. Suplico á vueseñoría que mude conversación, que afrentarme no es razón, aunque honrarme es cortesía.

PRÓSP. La verdad, por Dios, os digo.

EVAND. Será el encarecer, pero no podré creer que en ofensa de un amigo, á quien su favor admite, mientras que no desmerece cuando su casa le ofrece, su dama le solicite.

PRÓSP. Si es Bruno, culpado su amor, pues ofendiendo el secreto, aunque amante, fué indiscreto y necio encarecedor de belleza, cuya copia materia ha dado á mi pena, pues pelagra en dama ajena y deshonor en mujer propia. Yo estimaba su amistad, mas ya no será razón habiendo sido ocasión de perder mi libertad. Dejad que mi dicha ordene, aunque mi lealtad estrague. Quien tal hace, que tal pague: quien tal paga, que tal pene.

EVAND. Yo, Conde, soy diferente de opinión, que es rigor grave que porque Bruno me alabe, olvidándole le afrente; y quiero que sea testigo de mi amor la noble llama; que sé hacer más firme dama que vos, Conde, fiel amigo.

ATAUL. Ahorremos de intercesiones, Lorena, que lo mejor entre pendencias de amor es ofrecer ocasiones. El Conde es noble, y merece lo que Bruno es razón pierda: su alabanza poco cuerda justo castigo le ofrece.

LORENA. Quédense solos los dos, y averiguen sin testigos obligaciones de amigos y de amantes.

ATAUL. Bien, por Dios. Las luces mato, fingiendo que voy á despabilarlas.

LORENA. (A Próspero.) Las ocasiones, gozarlas el que es sabio.

PRÓSP. Ya te entiendo.

(Vanse Ataulfo y Lorena, después de apagar las luces.)

ESCENA XII

El Conde PRÓSPERO y EVANDRA.

EVAND. ¡Ay, cielos! Conde ¿qué es esto?

PRÓSP. Fuerza, Evandra, de mi amor.

EVAND. Ataulfo, ¿vos traidor? ¿vos, Conde, tan descompuesto? ¿tú, Lorena, desleal? Soltad, Conde; soltad, digo; torpe amante, ruin amigo, soltad la mano.

PRÓSP. En igual correspondencia, si pasa mi amor á lo que interesa, seréis mi esposa y Condesa, dueño seréis de mi casa. Quien os tocase la mano, oí yo que había de ser vuestro esposo, y sois mujer noble y firme, no hagáis vano juramento en que me va la vida. La mano os toco; yo os adoro, yo estoy loco.

EVAND. Basta, Conde, basta ya.

ESCENA XIII

El Conde PRÓSPERO, EVANDRA, ATAULFO, LORENA y LAURETA con luces.

ATAUL. Bruno, Próspero, está en casa; sosegáos y componéos.

PRÓSP. ¡Ay, amorosos deseos! ¿qué hará un alma que se abrasa?

ESCENA XIV

DICHOS, BRUNO y MARCIÓN.

BRUNO. Por la mano me ganáis, señor Conde.

PRÓSP. Por la mano que pierdo, la mano gano.

BRUNO. ¿Qué solícito me honráis!

MARC. Ya yo he mudado de pelo. ¿No me ves en otro traje, Laureta?

LAURET. ¿Es lacayo ó paje?

MARC. Laquipaje, vive el cielo. No hay caballos que curar; mientras se compra un morcillo, á fuer de obispo de anillo, soy lacayo titular.

BRUNO. Turbada, mi Evandra, estáis.

EVAND. Ocasión debe de haber.

BRUNO. Mis desdichas deben ser.

EVAND. Es, sin duda.

BRUNO. Vos bastáis á aliviarlas y el favor que por el Conde consigo.

EVAND. Tenéis en él un amigo de notable ley y amor.

LORENA. Remitid cosas de amores para después, y juguemos un rato.

EVAND. ¿A qué?

LORENA. Bien podremos pasar jugando á las flores

PRÓSP. horas que pasadas son por el calor.

(Aparte.) Niño astuto, en flor estáis; dadme fruto, que no hay bien sin posesión.

BRUNO. Sentémonos, pues, si el Conde gusta de nuestros floreos.

(Siéntanse y sacan una cesta de flores.)

PRÓSP. Si á flores de mis deseos igual fruto corresponde, poco va de juego á fuego: jugando pienso abrasarme.

LORENA. Tome el Conde.

LAURET. ¿Y no ha de darme también flores?

MARC. Ya llevo á entregarte la más bella y más olorosa flor, porque sospecha mi amor, Laureta, que estás sin ella.

LAURET. Miente el pajilacayazo.

MARC. Esta hoja en su lugar lleva, y taparáste, como Eva, con la hoja de un lampazo.

LAURET. Esta es ortiga.

MARC. Perdona si te he venido á picar, porque así pienso pagar el agua va, socarrona.

PRÓSP. Este clavel me ha cabido.

ATAUL. ¿A qué dama se le dáis?

PRÓSP. Donde vos, Evandra, estáis, fuera mi amor sin sentido, si duraron mis cuidados de dárosle en esta empresa.

LORENA. El cielo os haga Condesa.

ATAUL. Dios os haga bien casados.

(Levántase y quítale la flor.)

LORENA. Evandra y el Conde vivan.

ATAUL. Para en uno son los dos.

BRUNO. ¿Qué es eso, Próspero? Vos, en quien mis honras estriban, ¿Consentis que os intitulen esposo de quien adoro?

MARC. Por Dios, que han soltado el toro.

BRUNO. No es bien que se disimulen mis agravios. Con la espada pienso deshacer traidores engaños, que cifran flores contra una amistad quebrada.

PRÓSP. Bruno, advertid que conmigo no es justo que compitáis.

BRUNO. ¿Fe rompéis y flores dáis?

PRÓSP. ¿Vos sois noble? ¿Vos amigo? Soy noble, y por eso os dejo; soy digno merecedor de Evandra, y es mi valor tal, si no mudáis consejo, que os obligará á dejar prenda que no merecéis.

BRUNO. ¿Cómo celos, si esto veis, no me procuráis vengar?

ATAUL. Bruno, en aquesta ocasión, temed la airada venganza del Conde.

BRUNO. Presto me alcanza, padre, vuestra maldición.

- Ya el amigo en quien fié
la prenda de más estima,
me usurpa.
- MARC. Al Conde se arrima
todo hombre: lo mismo haré.
¡Viva quien vence!
- ATAUL. Dejad,
Bruno, locas competencias,
y veréis las experiencias
que obligan á mi amistad
á este lado contra vos.
- LORENA. Bruno, á Evandra el Conde adora.
- MARC. Bruno, disimula agora,
que eres uno, y ellos dos.
- BRUNO. Ingrata, ¿así corresponde
tu amor mudable á seis años
de penas?
- ATAUL. Los desengaños
juzguen si es mejor un Conde
de quien Evandra sea esposa,
que no un pobre caballero.
- BRUNO. ¿Muda estás, cruel? Ya infiero
que consientes engañosa.
- EVAND. ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?
- MARC. Ella es una buena lanza,
fuego azul.
- BRUNO. Presto me alcanza,
padre, vuestra maldición.

ESCENA XV

DICHOS y el Tío DE EVANDRA.

- Tío DE E. ¿Qué alboroto desatina
la vecindad de este modo?
- MARC. ¿Mas que viene el barrio todo?
- Tío DE E. Tenéos, ¿qué es esto, sobrina?
Bruno, ¿qué es esto?
- BRUNO. Pasiones
del amor y la amistad
son contra la deslealtad
sobre las jurisdicciones.

PRÓSPERO.

Parte sois desta causa, pues sois tío,
Artemio noble, de mi Evandra bella,
y juez habéis de ser, que de vos fio,
la sentencia en favor de mi querella.
Vendióse Bruno por amigo mío;
pero interés de amor, ¿qué no atropella,
si es mercader que en ferias de amistades
amigos vende y compra voluntades?
A vuestra Evandra amaba, hermoso objeto
de mi ventura, y fué correspondido
seis años, aunque á costa del respeto
que á sus letras y padres ha perdido,
desheredóle en fin: forzoso efeto
de un hijo inobediente y atrevido.
Contóme sus desgracias y pobreza,
á que acudió piadosa mi largueza;
encarecióme tanto la hermosura
de su dama; juntó merecimientos,
nobleza, discreción, gracia y cordura,
que despertó en mí nuevos pensamientos.
Quien á su dama alaba, ¿qué procura?
¿De qué sirven (decí) encarecimientos,
que aun dentro el alma los amantes sabios
recelan, cuanto y más rompiendo labios?

¿Quién alabó el manjar al deseoso
que no se lo quitase de las manos?
¿el tesoro al corsario; al ambicioso
la privanza de reyes y tiranos?
¿la empresa de valor al generoso,
joya á mujer y gala á cortesano,
ni dama á amigo, que aunque más lo fuese,
su posesión á riesgo no pusiese?
Vi su belleza; fué mi amor testigo
de lo que puede la alabanza agena:
juzgad si es bien que niegue por mi amigo
mi gloria propia á costa de mi pena.
Sirvale su alabanza de castigo,
pues su lengua habladora le condena,
y Evandra, pues su mano besé, hermosa,
su juramento cumpla y sea mi esposa.

Tío DE E. La ventura, Conde ilustre,
que dáis á nuestro linaje,
al ciego amor agradezco,
si niño, con vos gigante.
Evandra, si hermosa, es cuerda,
y si elección de vos hace,
premiando su discreción,
dará valor á su sangre.
No hay duda que os anteponga
olvidando mocedades
á Bruno, pues tal esposo
adquiere por tal amante.
Y cuando necia resista,
yo que en lugar de su padre
quedo con nombre de tío,
os la ofrezco de mi parte.
Cumplid, Bruno, mandamientos
tan dignos de respetarse,
y maldiciones temed,
siendo justas, que os alcancen.
Las letras que profesáis
seguid, pues sois estudiante,
y estudiad de hoy más por ellas
á callar, que es ignorante
quien antes de poseer
alaba prendas de nadie,
que dineros y hermosuras
siempre suelen codiciarse.
Dale, Evandra, al Conde el sí
con la mano.

- LORENA. Amiga, baste
la resistencia que has hecho,
porque Condesa te llames.
Perdióte por hablador
quien no supo conservarte:
él fué necio; el Conde, cuerdo;
quien tal hace, que tal pague.
- ATAUL. ¿Cuánto es mejor para esposo
quien sólo de oír nombrarte
te amó, que quien por hablar
conservar su amor no sabe!
Bruno es pobre, el Conde rico,
las maldiciones de un padre
es fuerza que participes
cuando con Bruno te cases.
Amor es fuego y sin oro
será fuerza que se apague,
que es la leña que le aumenta.
Méritos del Conde sabes;
escarmiente Bruno en ti,

ESCENA XVII

BRUNO, sólo.

- y si, ame otra vez, no alabe
bellezas que perder puede:
quien tal hace, que tal pague.
- LAURET. Si se ha de tomar mi voto,
danos señor que nos mande
rico y noble, que se muere
entre pobres amor de hambre.
Agarra una señoría,
visita esposas de grandes,
llévante en silla á la iglesia
y en carroza por las calles.
Quédese Bruno por bruto,
y pues es pobre, eche un guante,
que si por hablar te pierde,
quien tal hace, que tal pague.
- EVAND. Pues todos me aconsejáis
lo que también puede estarme,
y Bruno por hablador
es digno de castigarle,
con la mano doy el alma
á Próspero, cuerdo amante,
que ya de derecho es suya,
si palabras satisfacen.
No será bien que por mí,
Bruno, pierdas calidades,
(como tu padre me dijo
su ponderado linaje.)
A tu sotana te vuelve,
deja galas arrogantes,
cursa escuelas, mira libros,
no eres pobre, mucho sabes.
Restituye plumas leves
con que ligero volaste
desde el sombrero al papel,
que pueden eternizarte,
y á un padre restituido,
cuando obediente le agrades,
Dios te haga un gran letrado,
como te hizo un necio amante.
(Vanse todos menos Bruno y Marción.)

ESCENA XVI

BRUNO y MARCIÓN.

- MARC. ¡Pardiós! señor, que nos dejan
de paticas en la calle.
Tú sin dama, yo sin moza;
yo sin blanca, y tú sin padre:
¿qué diablos hemos de hacer?
Si admitir consejos sabes
como perder ocasiones,
lo que puedo aconsejarte
es, que del pródigo imites
el remedio, y cuando guardes
á los cerdos de su historia
harás la segunda parte,
que yo me voy á cumplir
maldiciones de mi madre,
que me dijo: «yo te vea,
plegue á Dios, ventero ó fraile.»
A lo primero me acoyo:
quédate, adiós, que te guarde,
que pues alabaste de necio,
quien tal hace, que tal pague. (Vase.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ENRICO, emperador, y soldados con escalas y espadas desnudas.

- ENRICO. ¡Eal nobles alemanes,
hecha está la batería;
muestren hoy mis capitanes
que en galas y bazarria
son fuertes, como galanes.
No os asombre el muro alto,
de valor y esfuerzo falto,
pues cuando no hubiera escalas,
la fama os diera sus alas.
- TODOS. ¡Eal ¡al asalto! ¡al asalto!
- ENRICO. Arriba, amigos, arriba,
que ya la gente tirana
de esfuerzo y valor se priva:
¡viva la fama alemana!
- UNO. ¡Viva Enrique cuarto!
- TODOS. ¡Viva!

ESCENA II

DICHOS y MARCIÓN, armado á lo gracioso.

MARC. ¡Viva lo que Dios quisiere,
y viva Marción también,
que es un borracho el que muere!

ENRICO. ¡Ea, soldados!

MARC. ¿No ven
que quedo se está? Si quiere
que el soldado fuerte sea,
justo es que á su dueño vea
que la bandera enarbola.
Todo amo manda con *hola*,
todo Emperador con *ea*.
¡Cuerpo de Cristo! consejos
deje, y hazañas celebre
quien honra soldados viejos,
que si el capitán es liebre,
los soldados son conejos.

ENRICO. (A Marción.) ¿Qué vos, soldado, aquí?
¿cómo no subís?

MARC. Subí,
y siendo, señor, soldado,
ya pienso que soy quebrado,
y busco un braguero. Fui
al asalto y confusión,
y huyendo de su apretura,
no quise hacer la razón,
que brindan con confitura
de bellaca digestión.
Manteles puestos consuelan
mesas, que el manjar revelan
sobre bufetes seguros,
pero no lienzos de muros,
que á golpes se desmantelan.
«Brindis», dijo un artillero;
«Caraus, respondi, patrón»,
y el maldito tabernero,
diciendo, «haced la razón»,
desató en lugar de cuero
un esmeril, que reparo
pecho por tierra al amparo
de un foso en el campo nuevo;
y respondile: «no bebo
en ayunas de lo caro»;
«pues vaya este perdigón»,
replicó, y al punto arruga
un mosquete el bellacón.
Yo dije: «está sin pechuga,
y hoy hago yo colación.»
Díle lugar por la yerba,
y él replicó: «pues reserva
su vida; mientras que ayuna,
allá va aquesta aceituna
y esta naranja en conserva.»
Arrojóme de repente
dos pelotas enramadas,
y respondile: «pariente,
aquesas nueces moscadas
vendidas con aguardiente.»
«Que me place», dijo luego;
y como el caballo griego,
un infierno junto arroja;
mas diciendo: «el diablo coja
letuario envuelto en fuego»,
retiréme á las barreras,
que no es poca valentía,

porque si entre tus banderas
hoy juega la artillería,
yo soy hombre muy de veras.
Vos sois un cobarde.

ENRICO. Y tal,
que no hallaréis igual;
pero todo hombre de bien
come lo que le está bien,
y no lo que le hace mal.
(Sale al muro Bruno, y enarbola una
bandera con las armas del imperio.)

ENRICO. ¡Bravo valor! ¿Quién ha sido
aquel soldado valiente,
el primero que ha subido
al muro, para que afrente
al enemigo vencido?
Las águilas que enarbola,
blasón de la augusta bola,
por su alférez le tendrán.
¡Vitor Bruno, capitán!
y á quien le pesare, cola.

MARC. ¿Bruno se llama?

ENRICO. Y mi dueño
que la pluma por la lanza
trocó, y en tiempo pequeño,
si en escuelas fama alcanza,
aquí es un Marte aguileño.
No fué Hércules con Caco
tan valiente, ni de Baco
tan grande valor publico.
¡Victoria! ¡victoria!

UNOS. Enrico.
OTROS. ¡Viva Enrico!
TODOS. Al saco, al saco.

ESCENA III

ENRICO, MARCIÓN, MILARDO y soldados.

MILARDO. Si tu augusta majestad
pretende gozar despojos
desta rendida ciudad,
yo he visto dos soles rojos
de más divina beldad.
No es digno su resplandor
sino de un Emperador;
mas si no los goza Enrico,
premia hazañas, te suplico,
de Milardo con mi amor.
Cuando el oro á todos sobre,
merezca yo que posea
belleza que mi fe cobre,
que no es bien que presa sea
de un soldado humilde y pobre.
Por sólo aqueste interés,
pideme hazañas después
á medida de tu gusto.

ESCENA IV

DICHOS, BRUNO y VISORA.

BRUNO. Un soldado, invicto agosto,
sus labios honra á tus pies.

ENRICO. No están, Bruno, bien premiados
que yo los ví levantados

hacer de muros coronas,
por tu esfuerzo conquistados.
Brazos tengo con que honrarte,
si á falta de los de Marte,
los de un Emperador son
bastantes.

BRUNO. Por tal blasón,
otra vez quiero besarte
tus sacros pies; pero ¿quién
te dijo mi nombre?

ENRICO. Den,
á pesar de olvidos viles,
los pinceles y buriles
fama y nombre á cuantos ven
las hazañas que este día
te ilustran, y no te asombres
que sepa tu nombre; fía
de mí, que inmortales nombres
te ha de dar tu valentía.
¡Qué belleza celestial!
(Reparando en Visora.)

BRUNO. De tu valor imperial
es sólo merecedora.

ENRICO. ¿Cómo te llamas?

VISORA. Visora.

ENRICO. Dí, serafín celestial.
Cuando sólo conquistaras,
Bruno, esta sin par belleza,
hazañas aventajaras
de cuantas la fortaleza
celebra en bronces y en aras.
Dí quién eres, pues que das
mientras que triunfando estás
la fama que noble adquieres,
porque cuanto menos fueres,
[yo] pienso ensalzarte más.

BRUNO. Colonia, augusta ciudad,
César y monarca invicto,
tan ilustre entre modernos,
tan celebrada de antiguos,
es mi patria, y tengo en ella
un padre prudente y rico,
de sangre calificada
entre ilustres y patricios.
Nací solo, vinculando
el amor, que repartido
suele ser en otros padres
menos, siendo más los hijos.
Estudié felicemente,
dando muestra en mis principios
de fertilizar con letras
la fama que adquieren libros.
Graduéme de maestro;
llevé entre ingenios divinos,
cátedras que autorizaron
mis años entretenidos.
Gustara mi viejo padre
que echara por el camino
de la iglesia, por tener
algunos deudos obispos;
pero, amor, más poderoso,
rayo dios, gigante niño,
para cuya resistencia
suelen ser diamantes vidros,
sujetó mis verdes años
al más hermoso prodigio
que encareció lá belleza

entre sus dulces hechizos.
Evandra, ilustre, si pobre,
destrucción de mi albedrío,
prisión de mi libertad
y cárcel de mis sentidos,
enamorándome honesta,
multiplicó desvarios,
tiranizó libertades,
y dió materia á suspiros.
Quiseme casar con ella;
pero mi padre, ofendido
de ver malograr mis letras,
ya con consejos prolijos,
ya con ruegos paternales,
ya con enojos fingidos
y maldiciones de veras,
impedir mi intento quiso.
Entre amenazas y miedos
en su presencia me dijo:
«Plegue á Dios te sea traidor,
Bruno ingrato, el más amigo;
la prenda por quien me dejás
te quite á tus ojos mismos;
ella te desprecie, odiosa,
pagando amor con olvido.»
¡Ay, Dios! ¡qué bien se cumplió!
No pasaron, señor, siglos,
años y horas, que los cielos,
con desdeñoso castigo,
en fe destas maldiciones,
el conde Próspero, indigno
de la amistad profanada,
que le llamaba Zopiro,
enamorado de Evandra,
y ella del estado rico,
que interesó con querelle,
dando á sus quejas oídos,
juntáronse en yugo ciego,
dejando desvanecidos
deseos, entre esperanzas
de seis años de servicios.
Casáronse al fin los dos,
y viéndome aborrecido
de mi padre, de mis deudos,
y lo que es más, de mí mismo,
salí á buscar muerte honrosa,
creyendo hallar el olvido
de celos desesperados
entre armados enemigos.
Supe que aquesta ciudad,
rebelde al valor invicto
de tu majestad cesárea,
temor del planeta quinto,
te negaba la obediencia,
y sus infieles vecinos,
armándose contra ti,
despreciaban tus edictos;
que con tu campo imperial
la ponías cerco y sitio,
honrando con tu presencia
tus alemanes presidios.
Alistéme por soldado,
batióse el muro prolijo,
postrando montes de piedra,
abortos del fuego en tiros.
Hizose la batería,
y publicaron los bríos

de tu venganza el asalto,
de los rebeldes castigo.
Celos y amor con desprecio
pudieron tanto conmigo,
que desesperado y loco,
alentado de los gritos
con que animabas cobardes,
no hazañas, mas desatinos,
me subieron el primero
sobre los muros altivos
de la rebelde ciudad,
y sobre el mayor castillo
las águilas imperiales
puse, si amante, atrevido.
Bajé al saco, codicioso,
y mientras despojos ricos
robaba el atrevimiento,
llorando viejos y niños,
en el más noble palacio
que ilustra con edificios
la ya rendida ciudad,
entro, y de rodillas miro
á los pies de un vil soldado
el asombro peregrino
desta belleza hechicera,
si hermosuras son hechizos.
Determinaba forzalla
sin refrenar sus suspiros
torpezas que en pechos viles
se rinden al apetito.
Impedíselo, piadoso:
pedíselo, comedido,
á rescate, y respondiome
soberbio y desvanecido.
Pero yo, que de ordinario
al noble acero remito
lo que la lengua no alcanza,
de amor y vida le privo.
La noble presa consuelo,
su honor precioso redimo;
pagado en perlas que llora
y ensartan preciosos hilos.
Supe que era única prenda
del más ilustre vecino
desta ciudad, que á tus armas
muerto, pagó sus delitos;
y juzgando su belleza
por intercesor benigno
contra tu enojo severo,
á tus pies, augusto invicto;
la presente, confiado
que premiando este servicio,
y consolando estos ojos,
perdonarás los rendidos.
Con muchas obligaciones,
Bruno noble, has adquirido
el favor que hacerte pienso,
de tus nobles partes digno.
Hidalga sangre te ilustra,
letras te han engrandecido,
hazañas te dan valor,
despojos me has ofrecido
merecedores de premios,
no sé si diga divinos,
pues me confieso, aunque César,
de tu cautiva, cautivo.
Siendo, pues, Bruno famoso,

ENRICO.

cuerto, sabio, bien nacido,
valeroso y liberal,
justo es ser agradecido,
y honrar mi paz y mi guerra
desde este punto contigo.
Acreditando privanzas,
que en ti ilustrar determino,
gobierna mi augusto estado,
y entre las armas y libros,
da consejos y haz hazañas,
reparte cargos y oficios.
Esa divina hermosura
en tu lealtad depositó;
sé alcaide de ese tesoro
y ángel dese paraíso.
Celos de la Emperatriz
temo que han de ser castigo
del amor con que me abrasa.
No la vea, que imagino
que la vida han de quitalla
mis forzosos desatinos,
puesto que á quererlo el cielo,
le agradeciera propicio
si en las sienes de Visora
pudiera el laurel invicto
de mi corona ufanarse,
ó la que al sol dora signos.
Mi esposa, Bruno, es aquesta
que á recibirme ha venido
desde mi Corte imperial.
Mientras que favores finjo
con que á los suyos engañe,
sirve á quien el alma humillo;
guárdamela cuidadoso,
y haz que tenga amor á Enrico.

(Vase.)

ESCENA V

BRUNO, VISORA y MARCIÓN.

BRUNO. ¡Oh, maldiciones dichosas!
¡Oh, amorosos laberintos,
en los fines provechosos,
si fieros en los principios!
¡Oh, desdenes bien premiados!
¡Desengaños no entendidos!
¡Amistades mal pagadas!
ya os adoro, ya os estimo.
Por vosotras honra adquiero,
á privanzas me sublimo,
cargos intereso honrosos,
mi sangre noble autorizo.
Si á lógro pérdidas dan
tal ganancia, desde hoy digo
con César, que me perdiera
si no me hubiera perdido.
VISORA. Añade á esas dichas todas,
si á mi amor, Bruno, te obligo,
la voluntad que te tengo,
y en vano honesta resisto.
Bruno, tu cautiva soy;
de atrevimientos lascivos
de un soldado me libráste,
de mi honor defensa has sido;
agora, pues, que deudora
la fama que has ofendido,

premios te ofrece del alma
que en medio del pecho cifro,
¿será razón que violentes
tan generosos principios,
y consientas que profane
lo que defendiste, Enrico?
No lo permitan los cielos,
ni el valor que he conocido
en tu invencible nobleza,
á quien mi esperanza rindo.
Padres ilustres me han dado,
si no dicha, nobles bríos
para defender mi fama,
que ya por tuya la estimo;
del soldado me libráste,
librame también de Enrico,
que no mudan la deshonra,
Bruno, sujetos distintos.
Mi dueño eres, sé mi esposo;
tesoros tengo infinitos
de la fuerza de la guerra
seguramente escondidos.
En la calidad te igualo,
y en el amor excesivo
te llevo tantas ventajas
como es el tuyo testigo.
Con honra, Bruno, me hallaste;
con ella también te pido
me dejes, ó no te nombres
de honor y nobleza digno.
BRUNO. Visora, los desengaños
sonaron locos hechizos
en mí de promesas vanas,
que ya sepulta el olvido.
No más crédito engañoso,
no llantos de cocodrilos,
pues escapé, gloria al cielo,
seguro de sus peligros.
El Emperador te adora;
es mi señor, yo le sirvo;
tú eres suya de derecho,
por despojo le has cabido.
No afrentan deshonras reales;
pues tu fortuna lo quiso,
ama al César, y perdona.
A eso voy y aqueso digo.
MARC. ¡Oh, avariento mercader!
VISORA. ¡que el interés ha podido
tu valor poner en venta,
y la fama que te fio!
Pues mira bien lo que haces,
que si pierdo el honor mío
por tu causa, he de trocar
en rigores vengativos
el amor que te he mostrado.
BRUNO. Anda, y deja desatinos. (Vase Visora.)

ESCENA VI

BRUNO y MARCIÓN

MARC. ¿Y yo podré volver
á mi lacayil oficio
y servirte?
BRUNO. Sí, Marción;
que puesto que ingrato has sido,
quiero perdonar tus faltas.

MARC. Ya son chazas, señor mío;
pelota rasgada soy,
pero si medro un vestido,
vuelto á tu casa dirás:
vuelve á casa pan perdido. (Vase.)

ESCENA VII

La EMPERATRIZ, MILARDO y acompañamiento.

EMPERATRIZ.

¿Que es tan bella, Milardo, la cautiva?

MILARDO.

Ojos deslumbra y ánimos derriba,
vencida vencedora,
á mí me hechiza, al César enamora.
Si no ataja con tiempo sus desvelos,
en el infierno de la envidia y celos
llorará vuestra Alteza
competencias de amor en su belleza.

EMPERATRIZ.

No tendrá Enrico, á quien el alma he dado,
el gusto de su amor tan estragado,
que puesto que en ausencia
cualquier belleza me haga competencia,
ya que le he visto alegre, me prometo
las ventajas de amor, siendo su objeto.
Pero ¿quién fué el soldado
que, atrevido, tal presa ha presentado
al César, dando causa á mis enojos,
materia á celos y á su amor despojos?

MILARDO.

Bruno, extranjero y pobre,
porque soberbia la bajeza cobre,
más loco que valiente y animoso,
subió el primero al muro temeroso,
enarbolando al viento,
Águilas del imperio, en cuyo asiento
fijando el estandarte, dió materia
á su ventura y fin á su miseria;
pues obligado Enrico
á su esfuerzo ó locura, certifico
á Vuestra Majestad que le ha entregado
en guerra y paz vuestro imperial estado.
Este, rendido el muro,
á la ciudad bajó, donde seguro
de la muerte, que á míseros perdona,
mientras el campo el saco real pregoná,
despreciando riquezas,
despojos busca sólo de bellezas;
y salióle dichosa su fortuna
aun hasta en esto, pues hallando una
ostentación hermosa
de la naturaleza prodigiosa,
á Enrico la presenta,
con que su fama y su favor aumenta,
pues rendido el Augusto á sus amores,
de cargos carga á Bruno y de favores.
Los despachos le entrega
deste imperio; que en fin, es pasión ciega
la voluntad enamorada y loca,
y no es el alma á resistencias roca.

1 En el original «memoria».